

"LA GRAN CARRERA"

FÁBULA REGIONAL

Esa noche el boliche "El Tero" estaba lleno. Su dueño, Don Tero, estaba muy contento. Los clientes habían ocupado su local desde temprano y hasta ese momento había vendido varios cajones de cerveza.

Toda la fauna de esa zona cercana al Cerro Nevado estaba allí reunida para festejar, a partir de las doce de la noche, el "Día del Animal". Para la jornada siguiente, entre otras cosas, ya tenían programadas partidas de taba, palo enjabonado y un concurso de truco.

Acodados sobre el mostrador podía verse a un Pecho Colorado, un Puma, un Piche y un Flamenco. Este último acababa de llegar volando desde la Laguna Llanquanelo y estaba reponiéndose con un vermouth con papas fritas.

En una mesa grande que se había formado en un rincón, compartían anécdotas de juventud un Cóndor, un Zorro, una Liebre Criolla, una Martineta y un Chinchillón.

Ubicados en las otras mesas del local y formando distintos grupos estaban: un Guanaco, una Vizcacha, una Tagua, un Cuis, un Águila, una Liebre de Castilla, un Jote, una Perdiz, un Gorrión, un Peludo, un Cernícalo, una Tortuga, un Lechuzo, un Pato, un Gato Montés, un Sapo y una Araña Polli-to.

De pronto se abrió la puerta y entró el Ñandú. Todos dejaron de hablar para mirarlo. El Ñandú traía una guitarra bajo el ala y se había parado en medio del marco de la puerta. Sus ojos oscuros, rodeados de largas pes-

tañas arqueadas, miraban con desdén a todos los presentes. Con el ala que tenía libre se alisó un pequeño mechón de plumas rebeldes que el viento le había levantado en medio de la cabeza.

Desde un rincón se escuchó un claro suspiro. Era la Perdiz; eterna enamorada del Ñandú, ya no se preocupaba por ocultar su pasión no correspondida.

El Tero se acercó a la pequeña radio a pilas que tenía sobre el mostrador y bajó la música. En ese momento el Ñandú, con su voz aguardentosa, dirigió un saludo a todos los presentes. Un coro de las más variadas voces le contestó.

Esta ave, la mayor del continente, era muy conocida en toda esa zona por sus habilidades como cantor y guitarrero y por su personalidad. Su llegada a cualquier boliche era muy esperada y aplaudida ya que garantizaba un buen rato de música y canto.

El Ñandú se acomodó en un rincón dejando la guitarra apoyada en la pared. Llamó al Tero con un gesto y cuando éste se le acercó, le pidió una cerveza y un platito de aceitunas negras. Mientras tanto, la Perdiz, como quién no se da cuenta, se había sentado en la mesa de al lado y lo miraba con embeleso.

El Piche, que estaba en la barra, bajando la voz le dijo al Tero:

- Ojo con éste. Cuando se emborracha se vuelve agresivo.

El Puma, sentado en una banqueta cercana, acotó:

- Peor para él. Si busca pelea la va a encontrar... y yo todavía no cené.

El Tero escuchó el comentario y calmó los ánimos diciéndoles:

- Señores, prometimos no pelear hasta mañana a las doce de la noche, cuando haya pasado nuestro día.

El Puma y el Piche, recordando el compromiso contraído esa tarde, asintieron y continuaron tomando sus copas. En eso estaban cuando sonó la guitarra del Ñandú. La estaba afinando para empezar a cantar. Pronto la tuvo lista y haciendo unos arpeggios en ritmo de milonga, como solía hacer cuando se sentía inspirado, comenzó a improvisar:

" Aquí me pongo a cantar
al compás de mi guitarra,
aquí se ha armado la farra
y esta noche es especial,
pues a las doce comienza
"El Día del Animal"

Aplaudieron todos y el Ñandú aprovechó para empinarse la botella de cerveza y picar dos o tres aceitunas negras. Se tragó los carozos y luego prosiguió:

" Saludo al amigo Tero
que es el dueño del lugar
y lo quiero saludar
porque es amigo sincero,
se lo digo yo, que soy
el animal más ligero."

- Después de otro, querrá decir - corrigió la Víbora de la Cruz desde la puerta.

Todos hicieron silencio mirando en esa dirección. Nadie había visto entrar a la Víbora, ese personaje tan temido, tanto por su inesperado ataque como por su belicoso carácter y su lengua venenosa y cizañera, causante de no pocas peleas en la zona.

El Ñandú intentó no darle importancia al comentario. Sabía que allí dentro, a pesar de la tregua acordada por el festejo, estaba en desventaja. Sin embargo, le había molestado esa duda que había quedado flotando en el ambiente luego del comentario del reptil. No le hizo falta preguntar nada. Fue el Cernícalo quién, sintiéndose representante de las aves, tomó la palabra y dijo con tono no menos grave que el de la Víbora:

- ¿Y quién es ese "otro" que, según usted, es más ligero que el Ñandú?

- El Guanaco, por supuesto - contestó la Víbora tomando un lugar sobre una banqueta, junto al mostrador.

El Ñandú sonrió mirando al Guanaco que muy serio se hacía el desentendido mientras comía una ensalada de lechuga y tomillo.

- Bueno, - dijo finalmente el Ñandú sonriendo -, si era un chiste, está bien. Esta noche estamos de fiesta y toda sonrisa es bien recibida. Sigamos con la música.

La Víbora, dirigiéndose con tono sarcástico al Guanaco, dijo:

- ¿Y usted no va a decir nada?

El Guanaco, que no era animal de pelear, sonrió y dijo:

- No soy yo quien tiene que decir nada. Ustedes me conocen bien y saben de mi gran velocidad. Si el Ñandú cree que es más rápido, allá él. No voy a discutir por una pavada.

- Pues yo sí voy a discutir - dijo el Puma levantando la voz desde la barra - . Todos saben que soy un cazador. Yo los he corrido a los dos y puedo asegurar que el Guanaco es el animal más veloz de la zona.

- No, señor - intervino el Águila -. Yo también los he corrido, a veces para cazarlos y otras veces para entrenarme o jugar. Y no tengo dudas que el Ñandú es mucho más rápido que el Guanaco.

El Piche, que a todo esto se había emborrachado bastante, sacó un cuchillito, se enrolló el poncho en la mano izquierda y saltó al medio del salón en busca de alguien con quién pelear. Miró con gesto amenazante hacia todos los que allí estaban pero, al ver que continuaban hablando y nadie parecía notar su presencia, volvió a la barra y se pidió otra cerveza.

Mientras tanto la reunión se había convertido en un desorden total. Todos discutían con todos y poco a poco los mamíferos y las aves se fueron separando hasta formar dos grupos antagónicos. En un costado quedaron la Tortuga y la Araña Pollito y en la barra, la Víbora de la Cruz, saboreando el problema que había causado y mirando la escena con una cínica sonrisa que dejaba ver sus envenenados colmillos.

El Tero, temeroso de que aquel lío le hiciera perder clientela o, lo que es peor, que se le fueran sin pagar, intercedió proponiendo:

- Mañana hay carreras de embolsados. Ahí pueden averiguar quién es el más rápido.

- Yo no estoy para payasadas de charabones o cachorros - dijo el Ñandú que ya se había terminado la primera cerveza y acababa de pedir otra.

- Yo tampoco. Yo soy un mamífero, gracias a Dios, y corro en el campo abierto. No faltará oportunidad de probar quién es quién.

Esto que el Guanaco acababa de decir le cayó mal al Cernícalo. Dejó el vaso sobre la mesa, se paró en la silla y dijo:

- ¿Qué quiere decir con eso de: "soy un mamífero, gracias a Dios"? ¿Acaso ustedes los mamíferos se sienten mejores que nosotros, las aves?

- ¿Para qué pregunta, amigo? Se lo han dicho bien clarito y en la cara - dijo la Víbora, que no perdía oportunidad de agregar leña a la discusión.

Otra vez se armó un revuelo en el que todos hablaban y nadie se entendía.

- ¡Chsssssssss! - dijo de pronto el Lechuzo haciéndolos callar a todos a la vez.

Cuando todo quedó en silencio, dijo con su habitual tono de sabihondo:

- Yo creo que aquí, si no aclaramos de una vez y para siempre, quién es el animal terrestre más rápido, van a quedar muchas dudas y muchos de nosotros vamos a quedar enemistados. Debiéramos considerar lo que hace un rato propuso Don Tero. Pero no corriendo una carrera de embolsados en la que una simple caída puede cambiar un resultado. Habría que hacer una carrera más larga, en el terreno que ambos protagonistas conocen y en igualdad de condiciones.

El Ñandú dejó otra vez la guitarra apoyada en la pared y dijo con aire desafiante:

- No le han tocado bocina a ningún sordo. Tomo la propuesta y desafío ya mismo al Guanaco a correr hasta el Cerro Negro.

- ¿Y porqué tan cerca? ¿Tiene algo que hacer? - preguntó el Guanaco sin levantar la vista.

- ¡Hasta dónde quiera y cómo quiera! - agregó el Ñandú agrandado.

El Guanaco apuró un trago de ginebra que acababa de ofrecerle el Gato Montés para darle coraje, escupió en un rincón y luego dijo:

- Hasta el Payén, entonces.

Todos hicieron silencio. Ese lugar quedaba muy lejos. Ellos se encontraban en ese momento en las cercanías de Los Toldos, sobre la falda Noreste del Cerro Nevado, y el Cerro Payén, como todos saben, está en dirección Sur, en el departamento Malargüe y a varios kilómetros de distancia.

- ¡Que así sea! - dijo el Ñandú aceptando lo propuesto por el Guanaco.

La Perdiz, al oírlo, suspiró y se desmayó de emoción.

Ahí nomás salió el Tero de atrás del mostrador y empezó a cobrarles a todos lo que habían consumido. Sabía que de ahí en más ya no quedaba más ambiente para fiesta.

Los grupos que ya se habían formado, de aves y mamíferos, se separaron aún más y comenzaron a repartirse las tareas destinadas a ayudar a sus representantes.

Luego de un rato de discusiones y deliberaciones, por el lado de los mamíferos las cosas quedaron así:

El Guanaco, obviamente sería el corredor.

La Vizcacha y el Chinchillón serían los encargados de esperar a su representante en el camino con agua y algo de comida, en este caso, ensalada de lechuga mezclada con tomillo, que era lo que más le gustaba al guanaco.

La Liebre Criolla sería el preparador físico. Dado el poco tiempo del que disponían sólo pudo masajearle un poco las rodillas y aconsejarle que se acostara temprano.

La Liebre de Castilla sería el asesor. En ese momento no se pudo determinar en qué materia, pero ella estaría allí por cualquier cosa.

El Zorro llevaría el botiquín, por las dudas que un resbalón causara un accidente.

El Piche y el Peludo se encargarían de conseguir publicidad para salvar los gastos de la competencia.

Finalmente el Puma aportó una idea brillante: se propuso para esperar al Guanaco en el último tramo del recorrido. Si lo veía venir muy desganado o cansado, le pegaría una corrida dándole unos zarpazos en los garrones para que retomara velocidad competitiva.

Por el lado del Ñandú las obligaciones se repartieron así:

El Tero y la Tagua serían los aguateros.

El Flamenco serviría de guía aéreo, buscando desde arriba el trayecto menos accidentado, aprovechando una ventaja con la que no contaban los mamíferos.

El Jote también volaría siguiendo al Ñandú y llevando el botiquín.

La Perdiz y el Pecho Colorado buscarían publicidad y harían los carteles.

El Cernícalo se propuso como preparador físico, aunque, como la Liebre Criolla, su colega de cuatro patas, advirtió que le faltaría tiempo para lograr una buena condición física de la noche a la mañana.

El Lechuzo y la Martineta irían de asesores. En este rubro se quiso anotar también el Pato, pero fue rechazado por mayoría.

El Gorrión, que había estado afuera escuchando a los mamíferos por una ventana, llegó apurado a contar lo que había oído proponer al Puma. Enseguida se armó un plan similar con el Águila. Ella también esperaría en los últimos kilómetros para infundir ánimo (o terror) en el cansado Ñandú.

La Araña Pollito recorría ambos grupos levantando apuestas y comprometiéndose a guardar ella misma el dinero jugado. Prácticamente todos sacaron su dinero y lo jugaron a las patas de su representante. No hacerlo hubiera evidenciado una falta de confianza.

- No creas que no te he adivinado el pensamiento - le dijo la Víbora de la Cruz en voz baja -, ese dinero lo repartiremos en partes iguales cuando termine la carrera.

- No he trabajado para repartir nada - dijo la Araña tocando con una de sus patas el cabo del facón que siempre llevaba a la espalda.

- Yo armé esta carrera. Me corresponde - dijo la Víbora agregando: - Si no aceptas propondré que las apuestas las guarde el Sapo o la Tortuga.

La Araña, que de tonta no tenía nada, pensó un instante, sacó algunas cuentas mentalmente y, de mala gana, aceptó con un gesto.

El Lechuzo, como representante del Ñandú, se reunió con la Liebre de Castilla y luego de una palabras en una mesa alejada, se paró sobre el mostrador y anunció:

- La Tortuga será el Juez de Llegada. Propongo que salga ya mismo hacia la cima del Cerro Payén para que mañana, al llegar los corredores, esté allá y pueda atestiguar quién ganó. Su palabra será inapelable.

Con el gesto serio ante la responsabilidad confiada, salió la Tortuga a paso apurado y se perdió en la oscuridad en dirección al sur.

- La largada será a las ocho de la mañana en las Minas de Picardo - agregó la Liebre gritando con su voz aguda.

Salieron ambos grupos, cada uno hacia el lugar elegido para pasar la noche, ultimando detalles y acompañando a sus representantes.

Cuando el último de ellos había salido del bar y el Tero había cerrado la puerta por dentro y con candado, la Víbora, el Sapo y la Araña Pollito quedaron solos a la luz de la luna en la puerta del boliche.

- ¿Qué pasará mañana? - se preguntó el Sapo.

- Seremos millonarios - dijo la Araña Pollito.

- Bien dicho. Seremos millonarios - repitió la Víbora de la Cruz con una sonrisa cómplice.

- ¿Y a quién le jugaron? - preguntó el Sapo con inocencia.

- Al que va a ganar - dijeron a coro la Araña y la Víbora, riendo a carcajadas mientras se perdían en la oscuridad.

El día amaneció con un cielo limpio y un sol radiante. En las bardas de los cerros cercanos a las Minas de Picardo se habían juntado algunos centenares de Guanacos y otro tanto de avestruces, algunos de ellos acompañados de sus crías. También había representantes de todas las demás especies autóctonas repartidos en los cerros ubicados en el trayecto por donde deberían pasar los competidores. La voz había corrido en toda la zona y nadie quería perderse el desafío.

A las siete y media de la mañana llegó el grupo que asistía al Guanaco. Lo primero que llamó la atención del público fue el casco que le habían fabri-

cado al corredor. Era verde oscuro con rayas amarillas. Pronto descubrieron que estaba hecho con media cáscara de sandía. El Piche y el Peludo se habían ofrecido a vaciarla con sus pequeños hocicos.

La publicidad conseguida se podía ver impresa en ambos costados del Guanaco. Del lado izquierdo llevaba la palabra "ADIDAS" y del lado derecho "YPF". En el lomo decía "Baterías ATMA" y en el cogote le habían pegado, a lo largo, un autoadhesivo que momentos antes le habían regalado sus hijos, los chulenguitos. Decía: "Papá, no corras, te esperamos". Completando la preparación se podía ver que le habían recortado las pestañas y le habían pintado las pezuñas de color negro mate.

Se ubicaron en un viejo corral de Chivas, lugar elegido como "Parque Cerrado", y allí esperaron hasta que minutos antes de las ocho llegó la comitiva del Ñandú.

Llevaba un casco hecho con la cáscara vacía de un pomelo. La publicidad era de "Coca Cola" en un ala y del kiosco "El Tero" en la otra. En el cogote llevaba un cartelito que decía: "Defienda la fauna. No compre plumeros". Le habían afilado el pico y le habían recortado las uñas. Llevaba rodilleras blancas y un gran crucifijo colgando del cogote.

La Perdiz le dio su máquina fotográfica al Tero y se apoyó contra una de las patas del Ñandú para que le sacara una foto de recuerdo.

Una Iguana del lugar, que por su carácter de reptil se suponía imparcial, quedó elegida como el comisario de pista, encargado de largar la carrera.

A las ocho menos un minuto la Iguana llamó a los corredores a la línea de largada. Era una simple raya marcada con el talón sobre un medanito en el lecho seco de un zanjón. Allí se alistaron ambos contendientes. El Guanaco

se agachó un poco de atrás mientras el Ñandú intentaba imitarlo apoyando la punta de sus alas en el médano.

La Iguana se paró sobre una roca y alzando la voz, dijo:

- La carrera será hasta la cima del Cerro Payén. Correrán a campo traviesa, sin una ruta marcada ni definida. No hay restricciones ni penalidades previstas. Pueden hacer todas las paradas que deseen. En la llegada estará la Tortuga. Ella es la Jueza encargada de bajarle la bandera al vencedor y su fallo será inapelable...

Dio una última mirada para ver si todo estaba en orden y continuó:

- En sus marcas... ¿listos?...¡Ya! - y al decir esto, a falta de bandera, bajó su larga cola iniciando la carrera.

La tierra que levantaron los corredores al salir impidió ver quién había sacado ventaja en la largada.

En pocos metros ambos contendientes se perdieron en un espeso jarillal seguidos por los miles de espectadores que intentaban ver algo más que una polvareda.

.....

.....

Hacía rato que el Guanaco había perdido de vista al Ñandú. A poco de largar se habían encontrado con un zanjón que se dividía en dos y cada uno había elegido un camino distinto. Ahora debería correr a fondo hasta que volviera a divisar a su oponente. Aflojar podría ser desastroso si el Ñandú mantenía su ritmo veloz.

Quinientos metros a su izquierda, el Ñandú se hacía el mismo planteo y se desesperaba pensando en la posibilidad de estar siendo aventajado sin saberlo.

Ambos tenían como guía el Cerro Nevado, el cual divisaban con facilidad a su derecha. El camino más corto hacia el Payén era pasar costeadando el Nevado por el lado Este, desafiando lo áspero del terreno y los innumerables cañadones, bardas y pequeños cerros que hacían mucho más largo el trayecto, aún manteniendo una línea recta entre los dos puntos.

El Guanaco comenzaba a cansarse. Nunca había tenido que correr tanto tiempo sin parar. Recordó que podía detenerse cuantas veces quisiera y estuvo a punto de hacerlo a desayunar en una barda tapizada de tomillo. Pero la imagen del Ñandú corriendo solo hacia el triunfo lo impulsó a seguir.

El Ñandú también comenzaba a sentir la fatiga adormeciéndole sus gruesas piernas. Él tampoco estaba acostumbrado a un esfuerzo semejante. El suelo áspero de un cerro de escoria le lastimaba las patas y comenzaba a arrepentirse de haber desafiado al Guanaco a una carrera tan ambiciosa.

De pronto, luego de pasar por entre un jarillal, se encontró con el Tero esperándolo sentado al lado de una damajuana. Recordó que éste era uno de los encargados de proveerle agua en el camino y se detuvo. Tomó la damajuana y se la empinó dejando que el líquido corriera presuroso hacia su buche. Cuando sintió el gusto de lo que estaba tomando ya era tarde. Se había tomado dos o tres litros de vino tinto sin respirar.

- ¿Qué me diste? - le preguntó al Tero.

- Al salir del boliche me equivoqué de damajuana. No me diste tiempo de decirte - dijo el Tero preocupado.

- No importa. Igual estaba muy bueno - dijo el Ñandú tomando otro largo trago de la damajuana ante la vista del sorprendido Tero.

Luego respiró hondo dos o tres veces y salió zigzagueando al galope por un cañadón.

El Guanaco, en esos momentos, además del cansancio también comenzaba a sentir sed. Pero su aguatero no aparecía.

Miraba hacia los bordes de los cerros, entre las salientes rocosas donde suelen estar los chinchillones. Divisó a algunos aplaudiendo su paso, pero el que llevaba el agua no estaba entre ellos.

De pronto lo vio. Estaba sentado a la sombra de un alpataco, protegido por las afiladas espinas.

- ¿Qué hacés acá? - le preguntó recibéndole una botella de agua mineral de Punta de Agua.

- El Águila venía siguiéndome. Por las dudas me metí acá abajo, entre las espinas - contestó el Chinchillón mirando nerviosamente hacia el cielo.

- ¿Dónde está la Vizcacha? - preguntó el Guanaco.

- Dijo que iba a estar esperándote quince kilómetros antes de la llegada - dijo el Chinchillón.

- ¿No has visto pasar al Ñandú? - preguntó el Guanaco.

- No. Por aquí no pasó. Quizá vaya por otro camino... más abajo - dijo el Chinchillón señalando hacia el Este.

El Guanaco terminó de tomar la cuarta botella de agua y luego de saludar salió al trote hacia el próximo cerro.

El Cerro Nevado iba quedando atrás y a su derecha mientras adelante y a lo lejos ya se divisaba la ancha cúspide del Payén.

El Ñandú, sin saberlo, corría a cien metros de distancia, tapado por una pequeña barda en un recorrido que se acercaba irremediabilmente al del Guanaco.

De repente ambos contendientes se asustaron al encontrarse corriendo a la par.

- ¿Y...? ¿Cómo va eso? - preguntó el Guanaco.

- Muy bien. Tengo aire para rato - mintió el Ñandú.

- Yo también. Hasta estaba pensando en hacer la carrera ida y vuelta - dijo el Guanaco agrandándose.

- Podría ser... pero otro día. Esta noche tengo que tocar la guitarra en un baile. Ya me comprometí - dijo el Ñandú precavido.

- Yo tampoco puedo. Ahora que recuerdo, quedé con los muchachos en ir a jugar un poco al fútbol después de la carrera... para estirar las piernas - remató el Guanaco.

En ese momento entraron en un espeso jarillal que nuevamente los separó. Cuando salieron a la planicie ninguno de los dos divisó a su rival. El Guanaco corría por un bajo detrás de una barda y el Ñandú, siguiendo la comodidad de una senda de vacas, se había apartado nuevamente hacia la izquierda.

Al pasar por un sector del campo sembrado de grandes piedras negras, el Guanaco tropezó y se le cayó el casco. Pensó en volverse pero al sentir la cabeza más fresca decidió seguir corriendo así.

Entretanto el Ñandú, algo mareado todavía por el vino, trotaba a media velocidad canturreando una canción de Pimpinela:

- Me metiste, me engañaste...

De pronto una sombra sobre su cabeza lo sobresaltó. Era el Águila que atenta a su misión le recordaba que debía apurar la marcha y no descuidar el rumbo.

Ese susto le hizo recordar que, a diferencia del Guanaco, él tenía un guía aéreo que le indicaba siempre el camino más corto. Lo había olvidado totalmente.

Allí estaba. A doscientos metros de altura y a su derecha, el Flamenco volaba haciéndole señas con una de sus rosadas alas para que se desviara hacía el Oeste.

Lo hizo y poco después pudo ver algo adelante la polvareda que dejaba el Guanaco. Lo estaban dejando atrás.

Eran las dos y media de la tarde. El sol radiante calentaba las piedras y el aire, haciendo más difícil y sufrida la carrera.

Muchos de los animales que esperaban el paso de sus representantes se habían retirado a descansar durante la siesta a la sombra de las piedras o las jarillas.

- Deben de haber abandonado los dos - comentaban.

- Seguro. Nadie aguanta correr tantos kilómetros sin parar - decían para justificar su falta de atención.

De pronto una Lagartija que permanecía vigilando el horizonte sobre una alta muralla de piedra, grito:

- Allá se ve el Flamenco. Deben venir llegando.

Efectivamente, a la distancia se divisaba el Flamenco planeando en esa dirección. Todos corrieron nuevamente a sus ubicaciones a los costados de la medanosa senda de vacas que pasaba por allí.

Pocos minutos más tarde apareció el Guanaco, trotando con la lengua afuera.

A unos cien metros detrás venía el Ñandú, casi caminando e igualmente cansado.

Ambos habían perdido hasta los carteles que tenían pintados con la publicidad. Faltaba poco más de diez kilómetros para la llegada sobre la cima del Payén, pero ese tramo por ser todo en una subida muy pronunciada era el más difícil y peligroso.

A un costado del camino, en la puerta de una cueva, aguardaba la Vizcacha con un bidón de agua mineral al lado. Cuando el Guanaco la vio, se detuvo y se dejó caer de rodillas sobre el médano mientras bebía desesperadamente.

El Ñandú, que venía a pocos metros, pasó a su lado y al verlo caído tomó ánimos y se le adelantó trotando con más ganas.

- ¡Me pasó el Ñandú! - dijo el Guanaco malhumorado, dejando en el piso el bidón vacío. Se puso de pie trabajosamente y saliendo, comentó:

- No tengo tiempo de comer. Guárdame la ensalada para después.

Desde atrás pudo ver que el Ñandú elegía el lado izquierdo, el que daba hacia el Este, para subir el Cerro Payén. Decidió elegir el lado contrario ya que recordaba que era más parejo y con menos cañadones.

Dejó de ver a su rival y se preocupó por correr a toda la velocidad que sus cansadas piernas le permitían. En eso estaba pensando cuando desde atrás de una gran piedra le salió el Puma largándole zarpazos y mostrándole los colmillos. Se sorprendió de la velocidad que alcanzó cuesta arriba y agradeció mentalmente la idea que había aportado el gran felino.

El Ñandú miró hacia atrás y sonrió. Había perdido de vista al Guanaco desde que lo viera tomando agua junto al vizcacheral. Se sentía ganador y estuvo a punto de aflojar el ritmo. Pero advirtió que el Flamenco, desde arriba, le hacía señas de que apurara el paso. A pesar de no ver al Guanaco, imaginó que vendría cerca y continuó corriendo.

Ya estaba a pocos metros de la cima del Cerro Payén.

Este cerro, en realidad un antiguo volcán apagado, forma en su parte más alta un amplio semicírculo de varios kilómetros de diámetro, resto de lo que alguna vez fuera su cráter. En algún lugar de esa extensa zona debía estar la Tortuga con la bandera a cuadros para proclamarlo vencedor.

Llegó a ese sector desde el cual no se divisaba ningún punto más alto y se sorprendió al mirar hacia el Oeste y ver aparecer en el mismo instante, al Guanaco, a unos trescientos metros de distancia, corriendo hacia él.

Se desesperó al pensar que la Tortuga pudiera haberle bajado la bandera al mamífero, pero al acercársele pudo ver en el gesto de desaliento de éste que ambos pensaban lo mismo.

- ¡Gané!... Pero no veo a la Tortuga... - afirmó el Ñandú cuando se juntaron.

- ¡No, yo gané! Llegué antes a la cima. Pero tampoco vi a la Tortuga... - dijo el Guanaco.

- ¡No fue así! ¡Yo llegué primero! La Tortuga debe haberme visto y ella es la ley... Ella es la Jueza y lo va a confirmar... cuando aparezca - dijo el Ñandú dejándose caer hasta el piso hasta quedar totalmente echado.

- Yo no te vi cuando llegué a la cima. Yo llegué primero. La Tortuga me va a dar la razón. Debe haber visto todo - dijo el Guanaco arrodillándose sin ánimo para discutir.

En ese momento se asentó a su lado el Flamenco.

- ¿Y la Tortuga? - preguntó.

- No sé. Llegué primero y no estaba para bajarme la bandera - dijo el Ñandú recomenzando la discusión con el Guanaco.

Al trote llegaron la Liebre Criolla y el Zorro con el botiquín. La Liebre Criolla se puso a masajear con alcohol las patas del Guanaco mientras éste seguía discutiendo, convencido de su triunfo.

La Martineta llegó volando ruidosamente y abrazó al Ñandú felicitándolo.

Poco a poco comenzaron a llegar otros integrantes de ambos grupos hasta formar allí una gran reunión en la que todos sostenían tener razón.

De pronto comenzaron a apagarse las voces hasta quedar todos en silencio, mirando en la misma dirección.

Lentamente, esquivando las piedras, se acercaba la Tortuga, Jueza inapetible de la carrera.

Todos permanecieron en silencio hasta que llegó junto al grupo.

- Bueno... - dijo la Tortuga frotándose las manos y haciendo una raya en el piso con su pata, - ... prepárense a largar.

El griterío que se armó se escuchó desde varios kilómetros a la redonda. La Tortuga había entendido que la carrera era en sentido contrario y que su misión era la de largarla desde ese lugar. Por eso se había recostado a la sombra de una jarilla, no había prestado ninguna atención a la llegada de los corredores y no sabía decir quién había llegado primero a la cima.

Allí se quedaron todos discutiendo mientras la Tortuga, con un gesto indiferente, se alejaba rumbo a su hogar, en la falda del Nevado.

Nunca se supo que se repitiera esa carrera ni ninguna otra que determinara quién es el animal terrestre más rápido de esa zona. En cambio sí se supo quienes son los más astutos y malintencionados: La Araña y la Víbora que se repartieron el dinero de las apuestas y hasta hoy, cuando alguno se los reclama, le dicen que la apuesta aún está pendiente. Es por eso que, actualmente, ningún animal los quiere como amigos y todos esquivan su presencia.

- FIN -

Nota: Los cerros Nevado y Payén están situados en el Sur de la precordillera correspondiente a los departamentos de San Rafael y Malargüe, provincia de Mendoza, República Argentina. Todos los animales citados aquí forman parte de la fauna autóctona de esa región. Hasta principios de la década del sesenta grandes manadas de guanacos pastaban en la falda del

Nevado junto a muchos de los animales nombrados en esta fábula. Los nuevos caminos y los vehículos doble tracción facilitaron la llegada del hombre a esos lugares antes intransitables y seguros para toda la fauna silvestre. En el momento de escribir esta fábula (Año 2000) no queda un solo guanaco en el cerro Nevado y las manadas que aún pueden encontrarse en el Payén se suponen protegidas por leyes y guarda parques que no han logrado evitar totalmente la cacería furtiva. Todos los intentos de educar a los lugareños sobre la necesidad de preservar el medio ambiente y los animales autóctonos, chocan con la realidad de la pobreza en que la mayoría de ellos, viven. Ante el hallazgo de un nidal de ñandú no dudan en llevarse la totalidad de los huevos para alimentarse. Igual suerte corre el resto de los integrantes de la fauna autóctona que cruzan su camino. Para ellos sólo son comida, para la naturaleza es otra batalla perdida.